

La tradición oral y la fotografía como elementos preservadores de la memoria de la comunidad de Pueblo Nuevo de Barquisimeto

Francisco Camacho
Maestría en Historia UCLA- UPEL IPB- Fundación Buría de Barquisimeto

Resumen

Este estudio presenta la importancia de la tradición oral y la fotografía como fuentes para reconstruir la historia de la comunidad de Pueblo Nuevo, ubicada al oeste de Barquisimeto, y surgida en el contexto del despegue industrial de la ciudad cuando ésta empezaba a recibir los beneficios de la renta petrolera en la primera mitad del siglo XX venezolano. Se sustenta en las entrevistas a tres de los fundadores de la comunidad y el análisis de algunas fotografías que son parte del patrimonio de sus familias, y que a su vez, son formas de representación de la sociedad en el contexto de la civilización de la imagen. Se trata de un ejercicio de aprovechamiento de fuentes distintas a la tradicional escritura que tanto arraigo tiene entre los investigadores de la ciencia histórica.

Palabras clave: Pueblo Nuevo, imágenes, cultura, imaginarios, representaciones

Hasta el momento de iniciar este proceso de su reconstrucción histórica, la comunidad de Pueblo Nuevo no tenía acta de fundación. Al menos no estaba en manos de la actual presidenta de la Asociación de Vecinos, María Pérez, hija de uno de los pioneros de esta comunidad, José Rosario Pérez Rodríguez. Quedó, eso sí, el testimonio oral de algunos de algunos de los fundadores y primeros habitantes de este barrio barquisimetano ubicado al oeste de la ciudad. Ellos recuerdan que efectivamente se llevaron algunos registros de aquellas reuniones vecinales y que Pueblo Nuevo –ya existía cerca un Barrio Nuevo, por lo que decidieron bautizarlo con este nombre para distinguirse- se fundó el 19 de abril de 1954, tiempo en el que ya se había adelantado el ambicioso programa del Nuevo Ideal Nacional del general Marcos Pérez Jiménez. Un plan que establecía, además de la construcción de diversas obras, una propuesta nacionalista en un contexto de dictadura, que era como se entendía entonces la acción de gobierno en varios países. La filosofía del gendarme necesario, propuesta por don Laureano Vallenilla Lanz, figuraba entonces como un importante legado del Positivismo en la manera de manejar el Estado en la vía al progreso. Al igual que en nuestros días, para entonces era de gran importancia la celebración de magnas fechas como la de la declaración de Independencia de la Corona española como herramienta para fortalecer el imaginario de nación. De hecho, el 19 de abril de 1953 se juramentó ante el Congreso Nacional el coronel Pérez Jiménez como presidente constitucional de Venezuela. Es posible que aquellos fundadores de Pueblo Nuevo hayan

escogido la fecha patria para fortalecer el sentido pertenencia en lo que sería su futuro espacio de vida.

Hasta ahora, la memoria escrita de Pueblo Nuevo parece perdida. Afortunadamente, la palabra y la imagen harán lo propio en la reconstrucción de parte de su historia. José Rosario Pérez Rodríguez, antes de llegar a El Garabatal, a la edad de diez años, había vivido en su natal Curarigua, población agrícola perteneciente al entonces distrito Torres y que es conocida por la producción de ganado y haciendas de caña, al igual que el resto del área rural del estado Lara. La familia de José Rosario es una muestra de la migración interna del campo a las ciudades que caracterizó a gran parte del siglo XX venezolano, producto del proceso de industrialización que tardíamente se inició en el país. El auge de la explotación petrolera movilizó legiones de compatriotas que se hicieron un lugar en las grandes ciudades en busca de una mejor condición de vida con el consecuente abandono de la tierra y el hacinamiento en centros urbanos. El historiador Federico Brito Figueroa dice al respecto:

“El desarrollo y los cambios ocurridos e la economía venezolana en las primeras décadas del siglo XX, introdujeron nuevos elementos y aceleraron la movilidad social de la población. La proletarianización de un porcentaje de la población rural, que de grupo humano atado a la tierra se transformó en una categoría social, caracterizada –en cuanto a relaciones de producción se refiere- por el trabajo libre asalariado; este fenómeno implicaba, por otra parte, el surgimiento de una corriente migratoria de las zonas rurales y suburbanas, también de las zonas urbanas –movilidad horizontal o espacial - hacia los centros petroleros que, cuando no fue asimilada totalmente como mano de obra asalariada, integró una especie de población flotante, dedicada a las más diversas actividades económico-profesionales, algunas no productivas y de tipo parasitario”. (1)

Con respecto a cómo se produjo este fenómeno en ciudades no petroleras como Barquisimeto, el historiador Brito dice:

“Estos fenómenos se manifestaron igualmente en algunas ciudades, pero con menor intensidad, porque el desarrollo urbano industrial era todavía escaso y los centros fabriles y artesanales fundamentalmente crecieron a expensas del artesanado. Las exploraciones y explotaciones petroleras (...) provocaron el empobrecimiento de un porcentaje de terratenientes y, paralelamente el enriquecimiento de una minoría de la población identificada moral y económicamente con las inversiones de capital financiero mediante el sistema de royalty o participación y otras canonjias” (2)

El caso de José Rosario Pérez Rodríguez, quien desde su llegada a la ciudad trabajó como ayudante de albañil, encaja en el planteamiento del también historiador Reinaldo Rojas, quien afirma:

“..., el rasgo social y demográfico más característico de este período que va desde de 1929 a 1935-1940, es el de la migración de importantes contingentes rurales a las más importantes ciudades del país, donde el atractivo de un trabajo más rentable se combina con la creciente inversión de capital público, proveniente de la renta petrolera en las áreas de construcción y los servicios.” (3)

José Rosario Pérez Rodríguez cuenta lo que es su historia a partir de la llegada a la ciudad, proveniente de Curarigua, pueblo caracterizado por la productividad cañera como principal actividad económica. En su caso, el entrevistado fue parte activa del “despegue industrial y económico”, en palabras del historiador Rojas, que vivió Barquisimeto a mediados del siglo XX, sobre todo en el proceso de construcción de importantes obras que dejó la impronta del Nuevo Ideal Nacional del general Pérez Jiménez.

Dice al respecto Pérez Rodríguez:

“Yo nací el 19 de marzo de 1929 en Curarigua. No conocí a mí papá. Él trabajaba en las haciendas, porque en ese tiempo no había empresas ni conucos. Cuando llegué aquí primero viví en El Garabatal (*) esto era puro monte, puras veraditas, las cocuizas llegaban hasta la primera calle. El Garabatal era pequeño, allí había gente de El Tocuyo, de Sanare, eran unas 250 personas. Llegué allí cuando tenía 10 años, en 1939. Mis hermanos se fueron repartiendo para las haciendas de Barquisimeto y San Felipe. Si hubiésemos tenido gobiernos que previeran lo que es la situación ahorita, las cosas serían diferentes. Estábamos vendados, no tenía quien me orientara. Ya crecidito, aunque aún era un muchacho, trabajé en la construcción del Hospital Central Antonio María Pineda y en la del Aeropuerto Jacinto Lara”. (5)

Muy joven, en un contexto en el que pocos horizontes se vislumbraban en su vida, decide formar parte del Ejército venezolano, para lo cual inventó una fecha de nacimiento para abultar su edad. Tampoco hubo empeño de las autoridades para comprobar lo que el joven decía. Ya entonces el servicio militar era obligatorio, norma que se cumplía por la fuerza y que, como siempre el sector más desfavorecido de la sociedad era el llamado a obedecer.

“Yo duré dos años seis meses en el servicio militar. No tenía la edad, allí llevaban a la gente amarrada y yo dije, no, yo me adelanto. Me puse más edad, yo tenía quince años y no tenía cédula. Pagué el servicio en Barcelona, Maturín y Carúpano y salí en 1947. Me casé a los 19 años, cuando ya había salido del cuartel, con María Altagracia Colina, una muchacha que también vivía en El Garabatal y que su familia venía de Buena Vista”. (6)

Foto de baja militar de José Rosario Pérez

Comprender al mundo contemporáneo al margen de las imágenes resultaría una tarea a medio acabar. Lo que algunos historiadores como el brasileño Boris Kossoy o la francesa Gisèle Freund, llaman la civilización de la imagen – surgida a partir del invento de la

fotografía, ocurrida en 1840, en pleno proceso de expansión de la Revolución Industrial- ha estado imbricada en la sociedad misma. Y esto ha sido precisamente tema de interés para los historiadores de la cultura que desde finales de los 80 han abierto nuevos caminos en el horizonte científico de la Historia. Esta tendencia se hizo manifiesta en las generaciones posteriores de los iniciadores de la Escuela de los Annales, Marc Bloch y Lucien Febvre. Como bien dice el maestro Bloch en su célebre Apología para la Historia o el Oficio del Historiador, el pasado es algo que no se puede modificar, lo que si cambia es el conocimiento de ese pasado. Y es en ese sentido, que las fuentes iconográficas toman vital importancia porque ofrecen nuevas lecturas de ese pasado. Tomando palabras de Jean Pierre Rioux, vivimos en el mundo de las representaciones, lo que en definitiva se circunscribe en la cultura, en el sentido antropológico del término, y que en palabras del doctor Brito Figueroa, significa todo aquello hecho por las manos y el cerebro del hombre. Las imágenes son entonces vehículos de transmisión y construcción de imaginarios y de allí la importancia que tienen para el historiador. Descubrir elementos relacionados con la kinesia (las poses, los movimientos, los gestos, la apariencia exterior); la proxemia (el contexto de los personajes en la imagen, la ubicación en el encuadre de acuerdo al orden establecido); los gestos, las formas de vestir, es hallar formas de consumo cultural que marcan a las sociedades de diversos tiempos.

De todos esos recursos técnicos surgidos en esa civilización de la imagen, la fotografía juega un papel de primer orden en el estudio de los imaginarios colectivos, esos que se construyen espontáneamente en las sociedades o desde el poder, y que abarcan ese conjunto de mitos, creencias, sensibilidades y formas de representación de los hombres y mujeres en su tiempo. La escritora Susan Sontag, que no era historiadora pero que sabía del poder de la imagen, dice al respecto:

“El conjunto de imágenes incesantes (la televisión, el vídeo continuo, las películas) es nuestro entorno, pero a la hora de recordar, la fotografía cala más hondo. La memoria congela los cuadros; su unidad fundamental es la imagen individual. En un área de sobrecarga informativa, la fotografía ofrece un modo expedito de comprender algo y un medio compacto de memorizarlo. La fotografía es como una cita, una máxima o un proverbio”. (7)

La baja militar de José Rosario ofrece interesantes pistas de la Venezuela de ese tiempo. Desde el punto de vista técnico las fotos desenfocadas y mal encuadradas podrían tener al menos dos explicaciones. Por un lado, al tratarse de un recluta de condición humilde, el fotógrafo no puso mayor empeño en hacer un trabajo presentable, porque se trataba de un simple documento (para él, no para el fotografiado). Quizás los retratos a los oficiales implicaban un mejor cuidado estético. La otra razón es que pudo haber sido el trabajo de un principiante o un soldado que quizás no dominaba la técnica del encuadre y el enfoque, que para entonces debió ser de telémetro acoplado o del tipo que requería el cálculo de la distancia entre el lente de la cámara y el sujeto de la toma. Si este fue el caso, también vale suponer cómo sería la angustia del fotógrafo a la hora de retratar a los superiores.

El rostro del recluta es el reflejo mismo de las penas que debió sufrir este hombre en su estadía en la institución. Al pie del documento está la información que indica su condición de analfabeta, un estigma que acompaña al marginado, al campesino enfeudado que se hizo proletario durante el inicio del proceso industrializador venezolano, en palabras de Brito, y por ende, al que no tiene mecanismos de defensa en una sociedad aún marcada por la dictadura y el atraso. No es una cara de felicidad la de José Rosario, quien tanto se acostumbró a la vida dura, y que hoy muestra con orgullo su constancia de haber cumplido con la patria. El agricultor, oficio con que lo identifican en la planilla, era actor de un nuevo escenario. Era parte de la sociedad, la misma que lo relegaba, pero sociedad en fin, aunque ello implicara algunos castigos de sus superiores. Manejar un arma era como saborear una pequeña porción de poder. El cambio de un fusil por una escardilla, un pico o una pala, bien valdría la pena. Que no sabía leer ni escribir, es verdad. Pero él no estaba solo en la penumbra. Esos venezolanos abundaron en la historia del país hasta finales del siglo XX, aunque con mayor incidencia hasta antes de los setenta.

Foto de familia

Para quienes afirman que la fotografía no miente, esta foto de la familia Pérez Colina derrumba el mito de la exactitud y la verdad. Aunque tiene casi cinco décadas, se trata de una imagen atemporal en la que el fotógrafo a través del montaje, y valiéndose de la técnica del aerógrafo puso en un mismo plano a la madre, María Altagracia Colina, quien para el momento de realizar el cuadro (no sabemos si llamarlo retrato, por cuanto está fragmentado en espacio y tiempo) ya tenía varios años de muerta, y al resto de los integrantes del grupo familiar. Esto tiene gran importancia para el estudio de las mentalidades. Se trata de una forma de mantener vivo a un ser querido. Otro de los grandes aportes de la fotografía, que a diferencia de la pintura en este caso sí tiene un carácter de veracidad. Como bien nos dice Roland Barthes en su *Cámara lúcida* (1989): “Sea lo que sea lo que ella ofrezca a la vista y sea cual sea la manera empleada, una foto es siempre invisible: no es a ella a quien vemos” (p 34).

He aquí otro de los atributos mágicos de este singular invento, aunque en este caso la imagen esté intervenida por la acción del aerógrafo manejado por el retratista. Los lazos en los cuellos de los hijos eran indicativos –como lo fue la falda hasta la rodilla para las niñas o los pantalones cortos para los varones- de que aún no llegaba el tiempo de ser adultos. Caso contrario el de José Rosario quien con rostro austero luce su corbata larga. Los retratos (los individuales, estos sí son retratos) implicaban toda una ceremonia en la familia. Acomodar a los muchachos, limpiar el espacio para que el fotógrafo (los Pérez Colina creen que se llamaba Rafael Dávila) hiciera las tomas. En el caso de los ausentes, se reproducía una foto y se colocaba al personaje junto con el resto. Los impecables trajes eran parte del arte. Las mujeres todas con sus cadenas y medallas religiosas, para afirmar la vocación cristiana en la casa. En algunos casos, el fotógrafo preguntaba al cliente si tenía preferencia por determinado color o moda en la ropa. La falta de definición en el espacio hace más enigmática a la imagen. Pareciera como si todos estuvieran en el cielo, en medio de una nube.

José y su hija María aseguran que esa foto se realizó en España. Eso fue lo que les dijo el artista comerciante, aunque ya para entonces en Venezuela se practicaba la técnica. Era conocida la habilidad de algunos retocadores en Caracas, como los que prestaban sus servicios a Foto Zerdas, a la hora de utilizar el aerógrafo. La montura del cuadro formaba parte del servicio, lo que implicaba el respectivo incremento del costo, el cual saldaban en cuotas de cinco bolívares semanales.

“Ya mamá estaba muerta Nos pasaban la foto con una tablita que nos ponían adelante y con un número que nos identificaba. Esas fotos se las llevaban para España y la traían como al año. Los fotógrafos eran extranjeros”. (8)

José Rosario fue parte de la historia del país y de la ciudad, la cual para el tiempo de Pérez Jiménez y su Nuevo Ideal Nacional, se proyectó hacia la modernidad a través de importantes obras de infraestructura como la del Hospital Central Antonio María Pineda, el Ferrocarril, el Edificio Nacional, la avenida Venezuela, la Casa Sindical y muchas otras.

“Al tiempo que empezaron los trabajos en el Hospital, yo me fui como albañil, estaba mandando Pérez Jiménez. Yo trabajaba para una compañía de Caracas que también tenía el contrato para hacer el Aeropuerto. Me había mudado entonces con mi esposa a Barrio Unión, pero un amigo, Bruno Hernández, me ofreció un terreno aquí en Pueblo Nuevo. Tenía una casita que estaba a la orilla de la Panamericana (actual intercomunal Barquisimeto- Quíbor). Nosotros mismos fuimos haciendo las calles del barrio, aquí no había nada, éramos como 50 familias. Recuerdo a Saturnina Angulo, José Ramos, los Meza, los Cuicas, los Delgado Castañeda, Antonio Pérez, los Escalona, Pastor Igüerey, José Magadaleno, la maestra Celita Suárez, que ahora vive en San Cristóbal, el sargento Pérez de la Guardia Nacional que nos traía el tanque de agua, Clara Gutiérrez, Pastor Santana, los Orozco, Carmen Gutiérrez, quien era la enfermera y partera. La mayoría venía de El Garabatal. Los hombres trabajaban sacando arena, o como ayudantes de albañilería y vendedores ambulantes” (9).

Ya con la llegada del período democrático, la expansión de Barquisimeto hacia el oeste de la ciudad abarcaba, además de las zonas industriales, la instalación de instituciones educativas. Así, hacia ese lado de la ciudad se construyeron la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, el Instituto Politécnico de Barquisimeto (1962); parte del Centro Experimental de Estudios Superiores (1962), el cual se convirtió 17 años después en la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado y el Ciclo Básico que pasó a ser más tarde el Instituto Universitario Experimental Tecnológico Andrés Bello Blanco. Todos estos organismos cercanos o como el caso del Tecnológico y el Politécnico, en jurisdicción de Pueblo Nuevo. El criterio educativo de la época respondía al modelo de Estado capitalista en el contexto de desarrollo y necesidad de mano de obra capacitada para la industria, por eso no se crearon carreras humanistas.

“Trabajamos en la primera oficina del Politécnico y del Pedagógico, nos quedábamos hasta la noche, nos interesaba mucho los estudios para los muchachos, al tiempo crearon otros institutos universitarios como el Básico hoy Instituto de Tecnología Andrés Eloy Blanco. En Pueblo Nuevo también está el Cementerio Nuevo que lo iniciaron con el primer gobierno de Caldera. La iglesia de la 4 se construyó. La primera piedra la puso Monseñor Crispulo Benítez Fonturvel la cambiaron después para la calle 11.” (10).

Los inicios en el barrio, aunque duros, fueron de gran satisfacción. José Rosario Pérez Rodríguez personalmente hacía el mercado semanal para la familia. La bicicleta con la que iba a las faenas en el nuevo hospital también servía para traer de regreso el sustento. Cada sábado, José compartía el espacio en la cesta para un saco de maíz y otro de legumbres, aunque ya la gente iba a Barrio Nuevo donde había abastos a proveerse de algunos víveres. “Hasta que se fueron fundando los negocitos por aquí yo tenía una bodeguita que la monté con quinientos bolívares”.

Grupo Curarigua

Según su memoria, la foto en la que aparece José Rosario en medio de los hermanos Ramón y Segundo Rodríguez fue realizada en 1958 por el retratista Peraza, quien prestaba sus servicios con la tradicional cámara de cajón y tela negra en el Parque Ayacucho. El telón de fondo era una técnica propia de los fotógrafos de estudio y que el señor Peraza aplicaba a cielo abierto. Las inscripciones en bolígrafo, hechas por un fotógrafo posterior, eran el indicativo de un encargo para un retrato con la técnica del aerógrafo. Así, el “no” podría indicar que no iba el personaje y el “sí” y “vonito”, sería la referencia para que el aerografista se guiara a la hora de plasmar las imágenes en una nueva foto.

El fondo usado por Peraza figuraba como señal de distinción. Era una manera de democratizar el ambiente de suntuosidad y grandeza en el que vivían los poderosos. De esta manera, el cliente podría ser retratado en “su” palacio. Ya era alguien importante, en función de aquellos imaginarios. Los brazos de José Rosario sobre los hombros de sus amigos son una muestra de camaradería con la que siempre se caracteriza a los músicos. Las serenatas y las parrandas también sirven para reforzar esos sentimientos.

José Rosario tiene otra historia que ha sido también de la comunidad.

“Yo aprendí el oficio de músico, tocaba cuatro, era golpero. En el año 47 organizamos un grupo de golperos en el que había varios curarigueños y un tocuyano que era el tamborero, tocábamos golpes y tamunangue. Íbamos a la Radio Universo que quedaba abajo en la avenida 20. Me acuerdo cuando allá en Curarigua había un baile el primero en salir era mi abuelo Francisco Rodríguez. Él me llevaba para las fiestas y a veces iba mi abuela Mariela Nieves, yo aprendí con él y sus hermanos que también eran músicos”(11).

Foto actual de la familia de José Rosario

La foto se realizó para complementar esta investigación, y en ella aparecen José Rosario Pérez y sus descendientes María con la nieta Ana Karina en brazos; Barulio Cordero, de gorra azul y con el cuatro; el yerno, Rafael Colmenárez, con el tambor, y el joven nieto Baudilio Cordero. A todos les legó el amor por la música tradicional larense, y al igual que su abuelo Francisco Rodríguez, les enseñó el secreto de la percusión y las cuerdas. El entorno es parte de la misma casa de los Pérez, en donde funciona la Unidad de Batalla Endógena Antonio Carrillo y a donde desfilan numerosos habitantes de la comunidad en auxilio de su presidenta María, mujer incansable y comprometida con su gente.

“Éramos cinco hermanos y yo tenía que atender la casa. Me acuerdo que buscaban a mí papá ‘epa señor José lo necesitamos para que nos toque en un matrimonio’ y se iba para Barrio Nuevo, para El Ujano o Barquisimeto para dar serenatas y animar las fiestas. Varios de los que tocaban con él ya se murieron”. (12)

De su pasado, cuenta más María Pérez:

“La maestra Celita fue la fundadora de la primera escuelita, la Antonio Carrillo ahora tiene como setenta años. Yo estudié allí, ahora tengo 47 años y estoy luchando para que se mejore la escuela. Después que gané la Asociación de Vecinos le han dado mantenimiento, la maestra Celita nos daba clases en una casa que era también como una medicatura. Era la casa de Carmen Gutiérrez, a la gente se le atendía allí porque no había como desplazarse hasta el Hospital. Ella era la enfermera nos daba los alimentos que entonces se llamaban PL, eran de sabor a fresa, algo como una vitamina para los niños. Todos nacimos con ella, menos mi hermano menor que nació en Hospital”. (13)

El preartesanal Hermano Juan, una institución educativa fundada por los hermanos lasallistas en los años 60, también se encuentra en el ámbito de esta comunidad. “Pusieron el Pre Artesanal, allí hay que esperar para conseguir los cupos”, explica María.

“Cada quien fue agarrando su parcela de más a menos 20 X 30 metros. El Concejo Municipal nos dio el material y nosotros mismos trabajamos para hacer las aceras. Había culebras, para llenar la pipa de agua había que estar pendiente porque debajo siempre había serpientes. Por eso, a los primeros autobuses que llegaron aquí los llamaban los culebreros”. (14)

Las palabras de María Pérez son una muestra de los imaginarios populares que se construyen de manera espontánea. Las denominaciones como la de “culebreros” tienen una carga simbólica que connota el carácter rural de los habitantes de Pueblo Nuevo, en su mayoría campesinos.

José Magdaleno Gamboa llegó a la comunidad en 1961 procedente de Sanare. Allí era agricultor de café, caraota y alpargatero. Es considerado el poeta y cronista de Pueblo Nuevo.

“Me vine con mi esposa y una niña de un año, y me dediqué a la elaboración y venta de la alpargata. Después aprendí el oficio de zapatero y estuve en eso durante 35 años, acá mismo en la comunidad. Yo, mi esposa y mis cinco hijos, todos universitarios, vivieron con esto. Los muchachos no quisieron que siguiera trabajando la zapatería y montaron una panadería, una micro empresa de pan. Ahora dependemos de eso”. (15)

Desde siempre le ha gustado estar en la lucha vecinal. Escenario desde donde pudo desarrollar la idea de un periódico comunal. Voz del Oeste y presentar su nombre para cargos de elección popular. Es fundador de la Cooperativa de ahorro y crédito El Triunfo, que nació en la comunidad en 1963. “Ahora es multimillonaria y se extendió a los servicios de funeraria y de salud”.

Foto del periódico Voz del Oeste

Es una publicación en papel Bond en la que se destacan informaciones de interés para las comunidades del oeste, lo que indica la importancia de Pueblo Nuevo como epicentro de esta zona de la ciudad. Se abordaban problemas de salud, alimentación, basura, inseguridad, ambiente y se promovían propuestas para solucionarlos.

“El periódico nació un día que estábamos reunidos en la Escuela Magnético Espiritual de la Comuna Universal a la cual pertenezco que es el estudio del espiritismo científico. La idea de la fundación del periódico se dio en una reunión de la Sociedad Amigos de la Zona Oeste, Sociazo, estudiamos el nombre, me preguntaron si sabía algo de periódicos y les dije que no, pero que tenía la voluntad. Nos reunimos Teolindo Hernández, Solvestre Pargas y yo. Llegamos a 36 números todos en papel de resma impreso en offset en una imprenta que también estaba en Pueblo Nuevo, pero que quebró. Había otro periódico del cual yo también fui fundador que se llamaba Voz de Los Barrios, del que salieron tres números nada más. El periódico requiere de un equipo no puedes hacerlo solo, cuando yo tenía 25 comerciantes anunciantes, el equipo se desintegró porque algunos consiguieron trabajo en otras zonas, otros no quisieron. (16)

José Magdaleno, candidato

La vocación de servicio de José Magdaleno lo llevó a postularse en 1979 a la Asamblea Legislativa del estado Lara por el movimiento Independientes de Pro Desarrollo de la Comunidad. Su campaña se sustentó en la moralidad, aspecto que debió relacionarse a su fortaleza espiritual. La foto del aviso inspira seriedad y confianza y a pesar del sencillo diseño, el volante está bien presentado.

El cuidado en presentarse en traje formal es indicativo de la importancia que daba el candidato a sus potenciales votantes. Además, era representante de un movimiento político en minoría si se le compara con los otrora poderosos AD, COPEI y el MAS, que eran los que entonces ostentaban el poder. La imagen de decencia y su hoja de vida eran la mejor carta de José Magdaleno. Era una manera de demostrar que se puede ser digno, siendo pobre. No

llegó Gamboa al cuerpo legislativo, lo que quizás no le hubiera servido de mucho por tratarse de un escenario donde la mayoría impone sus reglas.

“Cuando llegué aquí, en el 61, había comprado una casa a la que después le salió dueño. La entregué y después invadí un terreno en la calle 10 en 1965. Allí me metieron unas catorce patrullas para sacarme y no me salí porque no tenía para donde ir. No pudieron sacarme. Yo tenía tres muchachos. Vino entonces el Concejo y midió el terreno, después me vine para acá donde vivo que es en la calle 6 entre 1 y 2, primero viví en alquiler pagando sesenta bolívares mensuales. Conseguí un préstamo en la cooperativa El Triunfo y compré la casa en diez mil bolívares”. (17).

Gamboa es un personaje interesante no sólo por su desempeño vecinal sino por su vocación espiritual.

“Yo estoy en la Escuela Magnético Espiritual desde 1963, porque tenía interés de saber algo más allá de lo que había visto con los católicos, en los rezos tenía dudas en algunas cosas. Me acerqué al Centro Espiritual Eugenio Arráiz quedaba en la carrera 2 entre 6 y 7, ahora funciona allí la Misión Sucre. La primera vez fui con el deseo de aprender. El centro ascendió a Escuela Magnético Espiritual con el tiempo, tiene cátedras en distintas partes no se trata de religión alguna sino del estudio del espiritismo científico que separa las religiones de lo material. No son masones. Esto nació en Argentina y el fundador de la doctrina es Joaquín Trincado”. (18)

Historia sin foto

Antonio José Pérez y Gladys Martos llegaron a Pueblo Nuevo en 1960. “Compramos un rancho que lo cambié por una casita en la carrera 17, acá era más grande, me gustaba para trabajar” relata el hombre.

“Yo nací en Barquisimeto, en la carrera 35 con calle 25. Papaíto y mamaíta venían de Trujillo, antes se vinieron los abuelos, todos eran comerciantes. Papá tenía un autobús de esos de madera en los que traía gente y sacos de arvejas, caraotas y otros productos que sacaban de Carache. En la casa de Barquisimeto se hacían esencia de vainilla y la vendían en Valera y Carache. Yo Conocí a Antonio en esos años en que el llegó, más o menos a finales de los 50. Yo me sentaba en la casa a ver para la calle y él pasaba con la máquina. Nos mirábamos y él me decía cosas bonitas. No nos casamos de una vez sino que nos pusimos a vivir juntos”. (19)

El señor Cristóbal Herrera, quien también es fundador de la comunidad les vendió la casa a los Pérez Martos en 1957 aproximadamente, cuando ya tenían dos hijos. Los otros nacieron y crecieron en Pueblo Nuevo. “Hace 28 años, después de tener los muchachos ya grandes decidimos casarnos en la iglesia de aquí, la Santísima Trinidad. Hace mucho que él quería casarse pero yo no quería”. (20)

Antonio era operador de maquinarias en Obras Públicas del Estado. Recuerda que con Pausides Colmenáres, Cristóbal Brito y otros trabajadores participó en la construcción de la avenida Corpahuaico, la de Santa Isabel, y otras de las que formaron parte del programa de construcciones en el gobierno de Marcos Pérez Jiménez.

“Yo venía de Humocaró Bajo cuando llegué en 1956. Mi familia era de agricultores. Ya trabajaba con máquinas pesadas en Hato Arriba en las haciendas de los Tamayo Suárez, dueños de haciendas. Uno de ellos fue ministro de Agricultura y el otro, jefe de la Seguridad Nacional, estábamos al servicio de ellos. Yo arreglaba los caminos vecinales con un patrol. Estando allá me llamaron de Barquisimeto, entonces había muy pocos operadores y me llamaron de la Gobernación, allí estuve unos treinta años. Yo tenía 20 años”. (21)

La insistencia por mirar las fotos se frustró ante el argumento de una de las hijas del señor Pérez. “¿ Para qué va a hacer usted eso? ¿No ve que la semana pasada mataron a un abogado a tres cuadras de aquí? Este barrio es horrible”, dijo la doctora Pérez.

Foto de la familia Delgado

El señor Jesús Delgado es otro de los pioneros de Pueblo Nuevo. “Cuando llegué aquí me incorporé a la organización vecinal, nosotros mismos hicimos las aceras. Trabajábamos los sábados con los materiales que nos daba el Concejo. Si no podían, le pagaban diez bolívares diarios a un obrero”, afirma el señor Delgado.

Al igual que la de la familia de José Rosario Pérez Rodríguez, este tipo de fotos refuerza el imaginario de la unión familiar y sus valores como el de la fraternidad. Es una forma de representación de la sociedad de la época. La emulsión sensible del papel fotográfico funciona como un medio para mantener la unidad. Si algo distingue al venezolano, es ese sentido de familia. Peter Burke, estudioso de la imagen, dice al respecto:

“Tanto si son las pinturas como si se trata de fotografías, lo que recogen los retratos no es tanto la realidad social como las ilusiones sociales, no tanto la vida corriente cuanto una representación especial de ella. Pero por esa misma razón, proporcionan un testimonio impugnable a todos los que se interesan por la historia del cambio de esperanzas, valores o mentalidades”. (22)

La imagen fue realizada por los mismos fotógrafos de la familia Pérez Colina. Delgado recuerda que se daba una inicial y que el pago semanal era de cinco bolívares, una vez que se entregaba el pedido. En este caso, el señor Delgado se negó a pagar por el error que cometieron los fotógrafos al vestir como marinero a la niña que está en el extremo inferior izquierdo. El sentido de unidad familiar se ratifica en este caso porque en ese cuadro hay tíos, hermanos e hijos y esposa del señor Delgado. Quedó entonces las imágenes de los rostros de Ana Catalina Delgado, Jesús Delgado; Ramón María Torres, el padre de Jesús; Felipa Delgado, su madre; Serafina Bastidas, con quien Jesús Delgado casó en 1945 cuando ella tenía 22 años; Juana Rosa Delgado, su hermana; y Gladys, también hermana. Los “marineritos” son Dulce María, hermana disfrazada involuntariamente de varón por el

aerografista; Argenis, también hermano, y Julio César, el más pequeño con el tradicional lazo en el cuello.

Nuevamente las mujeres con sus medallas religiosas y los caballeros con su impecable flux que le daba prestancia a la ocasión. Las corbatas idénticas de Jesús y Ramón María indican el dibujo que debió ser común a otras fotos, al igual que los lacitos de los niños. El peinado de Gladys, así como el collar de perlas y no la medalla, parecieran connotar cierta rebeldía que siempre acompaña a los jóvenes, además de la intención de mostrarse bella de acuerdo a los patrones de moda de la época, que ya se inspiraban en los modelos de consumo y formas de vida norteamericanas.

En una visión social del tema, Jesús Delgado también fue actor de la historia reciente del país:

“Llegué en 1959 de La Concepción en el estado Portuguesa, cerca de Biscucuy. Mi familia sembraba café y cambures. Me vine porque en los tiempos de Rómulo Betancourt la guerrilla empezaba a arceciar y había que salir, nos perseguían. Hace 20 años que no voy. Mi familia más cercana se vino. Otros se quedaron. Nosotros somos del campo y a mí me gusta el campo, por eso me vine para acá. Llegué trabajando a la Alfarería Macuto cuando no había puente. Allí ganaba siete bolívares diarios desde las 7:00 am a las 12:00 m y de la 1:00 pm a las 6:00 de la tarde. Duré tres meses y medio. Después me fui a la hacienda que compró el Concejo Municipal, donde está ahora un vivero, yo fui a cortar caña. Allí duré otros tres meses y pasé luego al Instituto Nacional de Obras Sanitarias, que estaba en la avenida 20 con calle 39. Fui casi fundador del INOS en 1960. Yo trabajaba a pico y pala porque cuando llegabas como nuevo tenías que hacer los oficios más duros. Cinco años así y después pasé a manejar una camioneta para cortar el agua a quienes no la pagaban. Duré 35 años trabajando allí pero con la llegada de Hidrolara, hace unos doce años, nos ofrecieron un doble arreglo, es decir si tenías cinco años, pero nos engañaron porque nos hicieron renunciar y nunca llegó el arreglo. A mí me tocaban 9 millones y me dieron cuatro”. (23)

Jesús Delgado en Las Palmitas

Jesús recuerda que esta foto se la hicieron con una “camarita que era cuadrada”, en 1945, en Las Palmitas, estado Trujillo, de donde es Serafina Bastidas, entonces su novia y hoy su esposa. Eso podría explicar su enorme sonrisa. El amor es permanente fuente de alegría y tristezas. La ropa y el contexto convierten a esta foto en una verdadera estampa del llanero venezolano. Hombre de faena, fornido y curtido en las tareas del campo. Acompañado del sombrero e irradiando agilidad no solo en la postura de la pierna. Él todo es señal de fuerza y destreza. Hay algo en esta imagen, un punctum ilocalizable, en palabras de Roland Barthes. Un campo ciego que nos dice que Delgado, aquel Delgado, tenía los atributos antes descritos.

Es una fotografía con mucha fuerza. Es como si el ímpetu que sentía entonces el fotografiado lo hubiera captado la cámara. En esta foto está la Venezuela rural, están los

rostros de los llaneros que acompañaron a José Antonio Páez y decidieron la Independencia. Es la materialización de un imaginario que nos distingue como nación.

“Cuando llegué aquí no había nada. Esto era una casita de bahareque, eran unos cuatro ranchos de bahareque. Yo viví primero en Barrio Unión, en una casa que era de papá, ya tenía una muchachita y empecé a construir la nueva casa. Cargaba las cabillas que compraba en la ferretería Farnataro en una bicicleta. Un compadre me traía el zinc también en una bicicleta. Ya él murió. Yo la hice y se la di a un señor para que viviera mientras la terminaba. Me acuerdo que la pipa de agua costaba un real. Me vine con mi niña, mi mujer, Serafina Bastidas y mi mamá Felipa Delgado. De este matrimonio tengo tres hijos y otros dos por fuera, son varios, ocho de madres diferentes. Nietos serán como catorce” (24)